

abriendo su devocionario por el registro referente á la ayuda de misa, entregádoselo al ayuda de cámara con el fin de que leyese las olvidadas respuestas en voz alta. Clery puso un almohadón al Rey; Luis lo colocó á un lado con el pie, y se arrodilló en tierra. Entretanto entró el sacerdote revestido, y los comuneros abandonaron la estancia, dejando francas y de par en par las puertas para saber lo que allí sucedía.

¡La misa! ¡Cuántos y cuán dulces consuelos debí procurar el Rey oirla, y oirla con la devoción connatural á su católica fe! Aquel altar improvisado en una sombría mazmorra feudal, aquellos mortecinos cirios, reflejando sus tenues rayos en las graníticas piedras componentes del calabozo parecido á sepulcro; aquella casulla reluciente de brocados riquísimos, resaltando en la oscuridad y en el silencio de tan luctuoso espacio, como reflejo de un mundo sobrenatural y divino; el áureo cáliz; la brillante y luminosa patena; el eco de la oración, que diriais rumor de angélicas alas; un moribundo, cuya vida no se prolongaría seis horas, sin miedo ni desmayo alguno, rezando con igual tranquilidad que si rezara en las capillas de sus reales palacios; el pelotón de comunero á la puerta con sus armas requeridas y sus rostros asombrados y sus miradas fulminantes daban á la postre una misa de Luis XVI estrecha semejanza con las misas celebradas por los primeros cristianos en el hondo seno de las Catacumbas romanas, bajo los pies del endiosado y desvanecido César á la sazón reinante. ¡Original y extraña suerte la suerte del cristianismo! ¡Compendio y resumen y consecuencia de toda la civilización antigua, no lo colocieron aquellos mismos que lo crearon; proemio y precedencia y premisa de la civilización moderna, tampoco lo conocieron aquellos mismos que aplicaron sus dogmas y sus preceptos á las instituciones y á las leyes. Hijo de la Sinagoga el cristianismo, lo desconoció su madre; padre de la Revolución, lo desconoció su hija! Y, sin embargo de todas estas ingratitudes y de todos estos desacatamientos, inevitables fatalidades sociales, ¡cómo contiene cada una de sus ceremonias toda el alma nuestra en su seno! Y esta fuerza de las asimilaciones cristianas en caso alguno de nuestra vida se conoce como en los casos adversos. Nos maravillamos de la solidaridad que tenemos en el pecado de Adán todos los mortales, y la ciencia contemporánea en sus disquisiciones sobre los caracteres atávicos de las especies, muestra como todas las señales propias á los diversos organismos animados duran y perduran por la herencia. Nos maravillamos del sacrificio presentado por un solo Redentor en bien de toda la Humanidad; y, aún hoy, ni la ciencia, ni la religión, ni el arte, ni el hogar, ni el Estado, ni la familia, ni el derecho adelantan un paso si uno solo no se sacrifica por todos. La misa, rezada delante de un mártir que pasara las mayores torturas, de un reo caído bajo la última pena y aparejado para el suplicio, extraía de las circunstancias ambientes á ella y de los devotos en ella circunstantes un superior sentido al de las misas diarias. El Cordero inocente que por todos los humanos se inmola y sacrifica resurgía en todas partes como una sombra del Rey, hincado ante las aras y los altares de



LA MISA EN LA PRISIÓN

Felipe G. Rojas, H. C.

su inmolación y sacrificio inevitables. ¡Cómo la misa de aquel momento concordaba con todo lo que sucedía! El introito en los templos de Dios; la constante apelación al divino juicio que debe distinguir los justos de los malvados; aquellas abluciones, limpiando alma y cuerpo para dignos hacerlos de su Eterno Criador; los clamores que pidiendo el auxilio celestial en este deshecho naufragio de la vida terrena, donde todos nos estrellamos contra el escollo que decimos mundo; los acentos recogidos del *Gloria*, con cuyos ecos se mezclan las trompetas angélicas del órgano y las argentadas campanillas del salterio, recordando nuestras fugaces alegrías y nuestras engañosas ilusiones; el Evangelio, lleno de esas profundas verdades que aún alimentan y sostienen hoy el espíritu, mas que no quieren oír nuestros oídos, sordos al reclamo del ideal; la continua repetición del símbolo escrito en Nicea, donde se contienen desde los primeros minutos de la Creación, por cuya virtud nos hemos reunido en este mísero globo amasado con lágrimas, y cuyo aire impregnado se halla de suspiros, hasta la promesa y la esperanza de una resurrección universal, en que nuestros huesos se reanimen á nuevo soplo creador, siendo vencida y rota la muerte; aquel Ofertorio, que llenaba todo el espacio de oraciones santas, las cuales en sus alas traen ideas reveladas; aquella remembranza de la Pasión del Salvador que todas nuestras aflicciones compendia; los sudores de rojo flour en el Huerto donde van todas nuestras angustias; el beso de Judas que anuncia todas las traiciones; la entrega, como aquellas con que tantas veces han devuelto nuestros amigos la deuda sacra de los beneficios aceptados; el azote ante la columna, parecido al dolor fustigándonos sin piedad; las preguntas capciosas, como tantas redes que los sofismas nos tienden y las injurias henchidas de sus hieles acerbos; la intolerancia del cuerpo sacerdotal judío tan análoga con todas las intolerancias teocráticas; aquella calle de Amargura que todos recorremos en nuestras irremisibles tristezas; aquella Cruz que todos soportamos sobre nuestros fatigadísimos hombros; el Calvario en que todos nos sentimos crucificados; el Viernes de las Blasfemias sucediendo al Domingo de las Palmas como los desengaños suceden á las esperanzas; los horrorosos estertores de las postreras agonías; el Cáliz rebotante de lloros; la Hostia del sacrificio; todo cuanto la misa conmemora, todo debió confortar el ánimo de la pobre víctima camino del suplicio, y debió acerar sus nervios para que no se rebelasen á una contra la voluntad en el instante supremo de la muerte. Aquella paz recomendada por el celebrante á la hora de consumir el cáliz y consumir el sacrificio; aquel ósculo de la fraternidad humana, que tan pronto se da como se olvida; el Verbo de San Juan, llenando de ideales el vacío, el espacio infinito, el tiempo eterno y de palabra el silencio nunca interrumpido en las esteras; parecían preparados con anticipación para sostener á un moribundo en la hora de sus últimos estertores y velarle con los velos del santuario las hediondeces del sepulcro. Mas, ante todo y sobre todo, lo que más debió confortar á Luis XVI fué la comunión ofrecida y tomada en aquel trance último. Entre los sacramentos estatuidos por el Reden-